

SOCIALISMO BOLIVARIANO



Cálido encuentro con los pueblos andinos.

Como se ha visto en la *Declaración de Principios* del PSCH aprobados en su fundación en 1933, un signo muy característico de esa opción socialista fue su *latinoamericanismo*.

Allende sembró y cultivó con notable constancia en el surco del latinoamericanismo.

Estudió y viajó prácticamente por toda la vasta geografía de este "pueblo-continente", como lo llamó. Se nutrió de sus problemas, en contacto con sus trabajadores, líderes políticos, intelectuales y artistas.

Se relacionó estrechamente con los socialistas argentinos y uruguayos, con los apristas peruanos y los edecos venezolanos; cultivó amistad con numerosas personalidades como Lázaro Cárdenas, Juan Bosch, Rómulo Bettancourt, Antonio García, entre otros.

En sus discursos, conferencias y escritos aparecen

los nombres del cubano José Martí, del argentino Alfredo Palacios, del nicaragüense Augusto C. Sandino, del mexicano Lázaro Cárdenas, del venezolano Rómulo Gallegos; del puertorriqueño Pedro Albizu Campos; del guatemalteco Jacobo Arbens, para citar sólo algunos, de quienes destacaba su conciencia latinoamericana, su lucha por realizar el sueño bolivariano.

El conocimiento de la realidad latinoamericana lo convenció de la necesidad de retomar, con nuevos contenidos sociales, el mandato unitario de los próceres y fundió su militancia en el socialismo chileno en una dimensión continental.

En esta lucha, Allende se jugó entero en defensa de la democracia guatemalteca, aniquilada en 1954 por una indisimulada intervención norteamericana; con-

denó con energía el desembarco de la marinería norteamericana en República Dominicana en 1965 y se solidarizó reiteradamente con la demanda independentista del pueblo puertorriqueño.

Su voz se alzó con energía para condenar los abusos de las agencias de seguridad de Estados Unidos responsables subterráneos de asaltos a la democracia y de la instalación de bárbaras tiranías.

El 20 de enero de 1959, a pocos días de la entrada triunfal de Fidel Castro en La Habana, Allende llegó para tocar con sus manos las promesas de los hombres de la Sierra Madre.

El 27 de julio de 1960, realizó en el Senado de la República una intervención de las más densas y brillantes de su trayectoria parlamentaria, publicada posteriormente con el título *Cuba un camino*. A esa altura ya había visitado tres veces la isla y captado en toda su riqueza un proceso que contenía elementos comunes y diversos para el quehacer político de nuestros pueblos.

En esta línea de reflexiones había dicho recientemente en Caracas:

"Aquellos que pretenden calcar la Revolución cubana, en su procedimientos o métodos, cometen un error tremendo y, aquellos que pretenden ignorar su realidades y su proyección en el futuro, son unos cretinos".¹

Los años y las pruebas de la lucha forjaron entre Allende y los líderes cubanos una firme amistad. Solidario en esa aventura revolucionaria, no vaciló en

defenderla en las horas más duras del bloqueo y de la siniestras campañas de difamaciones.

La solidaridad con Cuba y la amistad con sus líderes, no condujo a Allende como a muchos en aquellos años del resplandor verde olivo a olvidarse de las peculiaridades nacionales; por el contrario, captó desde el comienzo la mayor enseñanza de la Revolución Cubana: su originalidad, que como se sabe, hizo trizas todo el esquematismo ortodoxo imperante en buena parte de la izquierda latinoamericana, desde cuyas filas Castro fue duramente anatemizado como "aventurero pequeño-burgués".

Allende se interiorizó del drama de América Latina, a través del estudio, viajes y diálogos con luchadores sociales y se convenció pronto que buena parte de este drama se originaba en la dependencia estructural de nuestras sociedades respecto de poderosos factores de dominación externa.

Su lucha antiimperialista distinguió siempre entre el pueblo, y los grandes negocios en los Estados Unidos, propiciando un interamericanismo sin imperio fundado en la acción mancomunada de América Latina frente a los Estados Unidos.

"El imperialismo es una realidad, decía. No es una ficción. No es una consigna política.

El imperialismo existe y para subsistir necesita que también existan y perduren las estructuras del subdesarrollo.

"América Latina no puede seguir siendo el continente de la esperanza frustrada: América Latina no debe ser el continente potencialmente rico cuyos habitantes en un porcentaje tan alto saben del hambre, de la desocupación, de la falta de vivienda, de agua, de luz. América Latina ha dado ya demasiado para recibir tan poco. No podemos continuar en una actitud de mendicantes, porque tenemos la dignidad que heredamos de los Padres de nuestras Patrias. Tenemos que realizar las transformaciones que este continente reclama y darle el perfil necesario y la fuerza que requiere, para que podamos labrar nuestro propio e independiente destino."

*Discurso en la Municipalidad de Guayaquil, Ecuador.
27-VIII-1971.*



Encuentro Allende-Lanusse: un diálogo de amistad por sobre fronteras y las pequeñas querellas.

La situación de subdesarrollo no confiere a nuestros países una originalidad propia en materia económica y política. Se encuentran ligados dialécticamente a los países avanzados por lazos de explotación y de dependencia que fluyen de la esencia misma del imperialismo. El subdesarrollo es hoy en gran medida un producto del capitalismo mundial, después de haber provenido, en una primera etapa, como producto del feudalismo colonialista en vastas regiones del globo que "perdieron el ómnibus" de la revolución mercantil primero y más adelante, de la revolución industrial".²

Más allá de las reservas que alguna vez señaló sobre las estructuras y modalidades de la integración latinoamericana puesta en marcha con la creación de la *Asociación Latinoamericana de Libre Comercio*,

ALALC; valoró su significado y dio, desde el gobierno, un decidido apoyo a esta y otras instituciones integracionistas.

"Necesitamos el esfuerzo común y colectivo. Necesitamos que las fronteras se hagan pequeñas, no para recibir la influencia de un régimen a otro, sino para fortalecer en la unidad y la lucha combatiente una América Latina. Necesitamos establecer el estatuto del hombre latinoamericano. Que sea nuevo, auténtico, con los derechos de nuestros pueblos, levantando su propia voz sin estar sometidos a tutelajes, o a presiones de orden político o económico. Queremos una carta de América Latina que sea lo que quisieron los padres de la Independencia, como guía señera de la unidad de este continente.



Encuentro Allende-Velasco Alvarado: la misma búsqueda de afirmación nacional y reivindicación popular. 1971.

Queremos un estatuto del hombre americano; como lo dijera anoche brevemente, en un fragmento del discurso que pronunciara frente al presidente, señor Pastrana, queremos el estatuto del hombre americano para sentirnos, en realidad, hombres de un mismo pueblo, sin perder nuestra nacionalidad. Anhelamos que haya una historia común, que hable del pasado nuestro".³

Al pensar en ese "estatuto del hombre latinoamericano", Allende pensaba en primer lugar en los trabajadores, en esa vasta multitud, no siempre protegida en realidad por el Estado de Derecho:

"¡Cuántos hombres de nuestros países, exclamaba, frente a dificultades internas que a veces los obligan a emigrar, van a ganarse la vida a otras partes donde no tienen ni los salarios suficientes ni gozan de la previsión; regresan después cansados y ancianos a su patria, y se encuentran en la miseria y con su hogar deshecho. ¿Por qué no luchar para que ellos tengan un derecho a la jubilación?

¡Algún día habrá un derecho común, para los trabajadores de América Latina, como un anticipo de lo que también alcanzaremos en la instancia final: la nacionalidad continental, sin rechazo por cierto, a nuestra propia nacionalidad!"⁴

En la tarea integracionista como en el conjunto de su faena política, Allende superó el reduccionismo economicista que campeaba en las filas de la izquierda de esos años, para asumirla en el ancho horizonte de un mutación histórica:

"Tenemos sobre todo, que reivindicar nuestra cultura. Necesitamos que brote de nuevo la capacidad creadora del hombre y la mujer de nuestra tierra..."⁵

Reivindicar nuestra cultura, significaba reconocer la especificidad de un pueblo que no es ni midió ni empleó, sino, como ya lo vislumbró Bolívar, "una civilización que tiene su propia personalidad que hay que desarrollar, sin complejos de inferioridad" y asumir, sobre estos fundamentos, la construcción del porvenir.

Ciudadano de América Latina, supo empinarse por sobre las fronteras de las patrias chicas para visualizar el porvenir desde el ancho espacio de la Patria Grande. Una diplomacia servida con brillo por uno de sus mejores ministros, Clodomiro Almeyda, dio pasos resueltos para aliviar viejas tensiones con la República Argentina y se esforzó, con altura de estadista, establecer diálogos constructivos con el gobierno del General Lanusse, superando diferencias que parecieron difíciles de remontar.

Con la frontera norte cargada de odiosidades históricas, supo encontrar con los militares nacionalistas peruanos un lenguaje común en la lucha por la liberación nacional y el progreso social.

Y finalmente, en la frontera nororiental, más controvertida aún; abrió cauce a su proceso de negociaciones hacia una solución que jamás estuvo en los propósitos de la diplomacia chilena.

Por el camino abierto por Allende se logró, bajo el gobierno militar, acuerdos históricos con la República



La Revolución Mexicana fue la primera afirmación de la conciencia nacional social en América Latina.

Argentina; ese camino habrá de volver a transitarse cuando retome a Chile la democracia hasta encontrar, con Perú y Bolivia, una solución definitiva a diferencias fronterizas que superen las trincheras del pasado y hagan de la tierra y el mar de esa región latinoamericana un escenario de colaboración y paz de tres pueblos decididos a integrarse para conquistar juntos metas de prosperidad, libertad y dignidad.

Ciudadanos de América Latina, fue consciente que esta condición contenía otra identidad más vasta: la ciudadanía del Tercer Mundo. Su palabra en la Asamblea General de la ONU, en la Tercera Conferencia de la ONU para el Convenio y Desarrollo, UNCTAD, su palabra en múltiples foros internacionales, su decisión de gobernante de incorporarse al Movimiento de los No-Alineados, son prueba de esta conciencia tercermundista, portadora de una conciencia crítica sobre el orden económico internacional y sus efectos sobre las condiciones de vida y de trabajo de millares de seres humanos.

Desde el Tercer Mundo, comprendió y rechazó las consecuencias de la política de bloques militares y sus funestas consecuencias sobre la soberanía y la autodeterminación de las naciones asediadas por las hegemónicas.

Desde el Tercer Mundo defendió la soberanía de Argel, Cuba o Vietnam y su derecho a superar a la emancipación económica, política y cultural.

Desde el Tercer Mundo defendió la soberanía de Yugoslavia, Hungría o Checoslovaquia y su derecho a buscar caminos propios para sus proyectos socialistas.

NOTAS

1 Revista *Momento*, No. 199, Caracas, 6-V-1960.

2 "Nuestra América y la Alianza para el Progreso". Conferencia en la Universidad de la República, Montevideo, 13-IV-1967. Texto completo en *Archivo Salvador Allende* No. 1.

3 "Combatiente de América Latina". Discurso en el Congreso Nacional de Colombia, 30-VIII-1971. Texto completo en *Archivo Salvador Allende*, No. 1.

4 "México y Chile unidos por la historia". Discurso en el Congreso de la Unión, México, 1-XII-1972. Texto completo en *Archivo Salvador Allende*, No. 1.

5 "Combatiente de América Latina", *ob. cit.*